

## ELOGIOS ACADEMICOS

### La colaboración del Dr. D. Luis Troconis Alcalá durante cincuenta años en la benemérita Academia Nacional de Medicina de México \*

Por el Dr. EVERARDO LANDA,  
Presidente de la Sección de Obstetricia.

El Dr. D. Luis Troconis Alcalá, nativo de Campeche, fué aceptado como miembro de la Sección de Ginecología de esta Benemérita Academia, el día 9 de mayo de 1894; por el año de 1910 ya aparece su nombre en la Sección de Obstetricia; y a partir de 1938 asciende a la calidad o categoría honorífica de titular, o **retirado**, como en verdad debería llamarse a los académicos de este reducido grupo de respetables.

Desempeñó los cargos de **secretario perpetuo** desde marzo de 1899 hasta el 21 de junio del propio año; **secretario primero interino** entre el 21 de junio de 1899 y el 10. de octubre de tal año; **secretario primero** de planta desde el 10. de octubre de 1899 hasta el final del año académico de 1900; **secretario segundo** en el año de 1903 a 1904; nuevamente **secretario primero** entre 1904 y 1905; y por fin, **bibliotecario** en el lapso de 1894 a 1896.

Los trabajos escritos que durante su labor académica presentó y pueden verse publicados en nuestro conocido periódico la "Gaceta Médica de México", son los que a continuación se enumeran:

Memoria de ingreso: "Nuevo contingente para el estudio de la ameno-dismenorrea exfoliativa. Algunas observaciones y notas sobre anatomía e histología patológicas de varios casos observados últimamente. Memoria presentada a la Academia de Medicina de México, por el Dr. Luis Troconis Alcalá, con el fin de optar a la plaza vacante en la Sección de Ginecología, de acuerdo con los términos de la convocatoria expedida el 7 de diciembre

---

\* Leído en la sesión del 27 de diciembre de 1944, en que se rindió homenaje al Dr. Troconis Alcalá, por haber cumplido 50 años de ingreso a la Academia.

de 1893". Al frente de este cuidadoso estudio vese una dedicatoria muy afectuosa: "A mi muy amado maestro y cariñoso amigo el señor profesor don Juan María Rodríguez. Público testimonio de la más alta consideración, del más profundo afecto y de la más tierna gratitud; haciendo los votos más ardientes por la restauración completa de su importante salud, persuadido como estoy de que en ello se interesan vivamente la familia, la juventud estudiosa, la sociedad y la patria". Y a continuación, admirador de los maestros, el Dr. Troconis Alcalá inserta en el referido trabajo de su inauguración académica, una dedicatoria más: "Al señor profesor don Manuel Toussaint, débil prueba de respeto y gratitud".

En los números 17 y 18 del Tomo XXXI, correspondiente al año de 1894 de la *Gaceta*, es donde el bibliógrafo hallará la citada memoria, y en las páginas del mismo volumen el respectivo dictamen que por prescripción reglamentaria formularon los académicos don Manuel Gutiérrez Zavala, don Ricardo Fuertes y don Fernando Malanco. Las exigencias de antaño traducíanse con frecuencia en severos juicios; y en el caso de nuestro colega, se concluyó con esta resolución inexplicable: "Es de abrirse nueva convocatoria para proveer la plaza vacante en la Sección de Ginecología". Fué porque los honorables miembros del jurado opinaron que el Dr. Troconis Alcalá no había presentado un trabajo propiamente original acerca de ginecología. Mas al efectuarse la segunda lectura del dictamen y la consiguiente votación, el candidato logró en su favor los sufragios que a sus merecimientos correspondían. Impugnaron a la Comisión, primeramente el inolvidable maestro filósofo y culto médico don Porfirio Parra, cuyas palabras copio a continuación: "Que los trabajos científicos son formados siempre por la reunión de los conocimientos adquiridos, y que todo hombre tiene derecho para hacer uso del material científico con que han enriquecido a la ciencia otros trabajadores; y que por tanto, las citas que abundan en el trabajo del señor Dr. Troconis sólo indican humildad y honradez". . . Concluyó manifestando que, "lejos de analizar el trabajo sólo se le había destrozado". Y a su turno, don Juan María Rodríguez se expresó di-

ciendo que el Dr. Troconis Alcalá ofreció su "trabajo original con una novedad, la relativa al descubrimiento de un carácter microscópico con el que antes no se contaba, el cual sirve para distinguir la verdadera de la falsa caduca; quiere decir, el aborto de la ameno-dismenorrea exfoliativa, que consiste en la presencia o ausencia (según fuere el caso) de unas celdillas especiales, de las **celdillas deciduales**, halladas en el extranjero y encontradas aquí también por el estudioso e inteligente profesor Dr. Tousseint. ¡Cómo pasar por alto y hacer a un lado un estudio de la importancia de este y en el que tan interesadas se hallan la ginecología, la medicina legal y la moral médica!"

En dicha época, algo incierta aún sobre fenómenos anatómicos y señaladamente fisiopatológicos, se discutía con acaloramiento el diagnóstico diferencial entre el aborto y la ameno-dismenorrea exfoliativa; y todavía recuerdo a mi sabio maestro, grande y sincero amigo, don Manuel Gutiérrez Zavala, con cuya doctísima palabra sabía mantener el interés de sus discípulos cuando, ciertamente inspirado, hablaba acerca del aborto no sólo bajo el aspecto clínico, sino también en cuanto al lado moral del problema. Mas si, por fortuna, el adelanto de estos años que tenemos alcanzados aclara el diagnóstico, el fenómeno social, visto al calor de nuevas ideas tan desequilibradas, alarma justificadamente a todos aquellos que, fieles a la tradición y sujetos a una conciencia que no se obscurece ante los intentos maltusianos, rechazamos el pensar de ciertos neosociólogos que suelen escudar sus fines tras el eufemismo de ciertos ideales concernientes a la eugenesia. Pero no dejemos en suspenso la enumeración comenzada. Después de la memoria de ingreso, encontramos los trabajos que vamos a indicar.

"Bosquejo biográfico del Sr. Dr. Juan María Rodríguez".—T. XXXII, Núms. 1 y 3 de la "Gaceta Médica de México", año de 1905. Lamentamos que esta biografía tan interesante bajo más de un aspecto, quedara incompleta. El ilustre tocólogo mexicano ya había fallecido el 24 de junio de 1894; de manera que en el presente año cumplió cincuenta de muerto.

"Breves conceptos sobre las aplicaciones del forceps en la ex-

tremidad pelviana". T. XXXII, Núm. 21. Año de 1895.—Obra de crítica sutil; amena, irónica, anecdótica, merced a la cual se demuestra lo inconducente del forceps en el parto agripino.

"Dos casos de fiebre puerperal".—T. XXXIII. Núm. 16. Año de 1896. Recomienda el empleo del cianuro de mercurio en inyecciones hipodérmicas, y siguiendo la forzosa práctica de entonces, al fin borrada de la terapéutica, sobre los abundantes lavados intrauterinos con "agua antiséptica".

"Sobre las nuevas aplicaciones de la opoterapia al tratamiento del cancer uterino y algunas afecciones ginecológicas". T. XXXIV, Núm. 3. Año de 1897. Noticia interesante a propósito de un ensayo del Dr. Bell, de Glasgow, por la aplicación de cuerpo tiroides fresco, fundado en las ideas sobre sinergia entre las glándulas de secreción interna. Trabajo que debe tenerse en cuenta para la historia de la terapéutica anticancerosa.

"Dictamen de la Comisión de Obstetricia sobre la memoria del Dr. D. José Gómez". En colaboración con el Dr. Manuel Gutiérrez. T. XXXIV, Núm. 14. Año de 1897.

"Algo sobre tratamiento de la asfixia **neonatorum**". T. XXXIV, Núm. 18. Año de 1897. Resumen provechoso acerca de las formas de muerte aparente del recién nacido. Recomienda la maniobra de Schultze, ya abandonada en la actualidad.

"Sobre un caso de hidrorrea gravidarum". T. XXXV. Núm. 16. Año de 1898. Análisis minucioso acerca de una hidrorrea de origen complejo: decidual, amniocorial y amniótico.

"Del tratamiento y pronóstico de la eclampsia puerperal". T. XXXVI. Núm. 17. Año de 1899. Recomienda "**dieta láctea, severa y absoluta**", en lo que atañe a profilaxis, y respecto de tratamiento, la fórmula del tocólogo Demelin: "dieta láctea, purgantes y cloral, "á ocasiones sangría". De acuerdo con el pensamiento del médico Fieux, de Burdeos, aboga por la dosificación de los cloruros en la orina, durante el embarazo, pues el paso de esas sales a la orina parece relacionarse directamente con el grado de permeabilidad del filtro renal para los productos tóxicos. Muchas ideas han cambiado fundamentalmente el criterio relativo a la

eclampsia; y sin embargo, después de cuarenta y seis años, todavía discutimos este problema tan grave de la Obstetricia.

“Reseña de los trabajos de la Academia Nacional de Medicina de México en el año de 1898 a 1899”. T. XXXVI. Núm. 20. Año de 1899.

“Reseña de los trabajos presentados a la Corporación, en el año de 1899 a 1900”. T. XXXVII, Núm. 18. Año de 1900.

“Elogio en honor del Sr. Dr. Secundiño Sosa, con motivo de su muerte”. T. I. 2a. Serie. Núm. 22. Año de 1901.

“Un caso de distocia fetal por hidrocefalia”. T. III. 2a. Serie, Núm. 20. Año de 1903. “Cuatro litros”, dice el autor, fué la cantidad que se extrajo de la cavidad craneana.

“El Sr. Dr. D. Ismael Prieto. Ligeras notas biográficas. In memoriam. T. IV. 2a. Serie, Núm. 2. Año de 1904. Artículo tomado del “Boletín del Consejo Superior de Salubridad”.

“Reseña de los trabajos de la Academia Nacional de Medicina durante el año económico (sic) de 1904 a 1905”. T. V. 2a. Serie, Núms. 19, 20 y 21. Año de 1905.

“Algunos datos sobre fiebre tifoidea en la ciudad de México. Los “bacilíferos crónicos”. Su importancia desde el punto de vista de la higiene”. T. I. 3a. Serie, Núm. 8, año de 1906. Al empezar la centuria presente ya se sabía que la fiebre tifoidea tomaba incremento en el Distrito Federal, después de largos años en que se creyó que ni siquiera existía. El autor pone de relieve el peligro de los “bacilíferos”, cuya importancia etiológica aumentaría mucho más, ante la teoría concerniente a los “portadores de gérmenes”, en la moderna epidemiología.

“Dos resecciones atípicas. Tarsectomía parcial: astragalectomía del calcáneo por osteomielitis. Artrotomía y artrectomía del codo por luxación irreductible del cúbito hacia atrás”. T. III. 3a. Serie, Núm. 4. Año de 1908.

“Algo de estadística médica relativa a padecimientos óseo-artríticos de los niños. Dos observaciones clínicas: 1a. Coxo-tuberculosis en período terciario, tratada por atípica intervención. 2a. Pie bot congénito equino-varus, corregido por tarsectomía parcial”. T. IV. 3a. Serie, Núm. 10. Año de 1909.

“Dictamen de la “Sección de Obstetricia” acerca de la me-

moria y demás documentos presentados por el señor Dr. Everardo Landa, optando a la vacante declarada en dicha Sección, conforme á la Convocatoria de 31 de agosto de 1909". T. V. 3a. Serie. Núm. 7. Año de 1910. Agradezco el juicio emitido en unión de mi maestro don Manuel Gutiérrez Zavala, por el Dr. Troconis Alcalá, sobre el insignificante trabajo por el cual se me permitió ingresar en esta H. Academia.

"Nota estadística clínica sobre diversos padecimientos huesosos. Varios casos de osteomielitis". T. VI. 3a. Serie. Núm. 1. Año de 1911. Atañe a 461 enfermos asilados en el Pabellón de Niños del Hospital General en un lapso contado desde la inauguración del establecimiento hasta el mes de abril de 1911; suma de enfermos en la cual aparecen 291 con lesiones quirúrgicas, y de ellas 185 del esqueleto; a más de que en dichas enfermedades óseas, 138 casos se apuntan a la tuberculosis, y 47 a diversas causas.

"Un caso de neoplasma maligno heterotópico de la fosa temporal izquierda. Ligera nota clínica e histológica. A la memoria de mi inolvidable amigo y compañero, el Sr. Dr. Luis Jiménez". 5. VII. 3a. Serie. Núm. 7. Año de 1912.

"Informe de la comisión que estudió la memoria de concurso presentada por el Dr. Nicolás León a la Academia Nacional de Medicina". En colaboración con los doctores don Manuel S. Soriano y don Francisco Hurtado. T. X. 3a. Serie. Núms. 1 y 4. Año de 1915.

"Perfil biográfico del Sr. Dr. Don Miguel F. Jiménez". T. LX. Núm. 11. Año de 1929.

"El doctor don Luis Montaña. Noticia histórica, biográfica y bibliográfica". T. LXII, Núm. 6. Año de 1932. Artículo muy interesante e ilustrativo tocante a la vida del célebre personaje, de figura tan destacada en la Historia de la Medicina. Este trabajo es el último con que las actividades del Dr. Troconis Alcalá se manifiestan en esta Corporación.

Daré cuenta, en fin, de que el mismo Dr. Troconis Alcalá fué el promotor de la ceremonia gracias a la cual pudo precariamente la Academia, en el año anárquico de 1914, conmemorar la fecha de su fundación en el año de 1864. Cumplía **cincuenta años** de constantes trabajos nuestro afamado instituto, y en una casa

adonde se le había remitido cuando arbitrariamente lo desalojaron de su antigua residencia, se efectuó una sencilla velada en la que el Dr. Troconis Alcalá tuvo a su cargo el discurso correspondiente. Esta pieza oratoria tal vez no fué entregada al periódico, pues no aparece en página alguna, y es de lamentar esta omisión.

Tal, en esquema o nota bibliográfica, digámoslo así, la importante colaboración del Dr. don Luis Troconis Alcalá en la Academia Nacional de Medicina. Sólo me mortifica el no haber sabido cumplir atinadamente la comisión que para celebrar el jubileo del antiguo académico, me confió sin merecerlo esta corporación octogenaria. Pero eso sí, a trueque de lucimiento imposible por ajeno a mis alcances, he procurado volcar mi voluntad entera: porque se trata de un acto de cultura y de justicia entre académicos, al que por deber inaplazable me he presentado; pudiendo ocupar de esta manera, gustosamente, el sitio escogido en donde muchísimas veces tuvo eco la docta palabra de los buenos. El juicio vuestro me sea leve, si no pudiere corresponder a la confianza con que fuí designado.

Gusto y voluntad me conducen cuando se ofrece la ocasión de explorar la voz ingente de lo pasado. Por este motivo emprendí un viaje de placer e instrucción al seguir las huellas de Troconis Alcalá en las páginas de la *Gaceta Médica*; habiendo podido penetrar así en el espíritu de algunos varones de aquellos que, vivientes aún en volúmenes bibliográficos tan valiosos y nutridos para la Historia de la Medicina en México, nos precedieron materialmente en nuestra estancia magnífica y alentadora.

No es cierto, cual se afirma con frecuencia en esta época desorientada, que los años pretéritos deban liquidarse por improductivos, para dar paso libre a nuevas ideas con que los hombres novadores se proponen reformar el mundo, cambiar las instituciones y dar nacimiento a una humanidad completamente distinta de la de ahora. El caudal del pensamiento es parecido a una corriente de fecundantes aguas, que van fluyendo sin tregua; y desde la edad tan remota de la escritura cuneiforme y los papiros del Egipto resplandeciente, y los códices floridos de las épocas precolombinas, hasta las maravillas del linotipo de nuestros días, el movimiento jamás ha detenido el correr de sus ondas rumoro-

sas; sin que olvidemos que la Medicina, como factor de organización de las sociedades humanas, goza de prestancias en los documentos que constituyen la historia de los hombres. Sus orígenes son como el manantial perenne, inagotables; y lo escrito es corriente de fuerzas creadoras: lo mismo que los ríos caudalosos y plétóricos de vida, que con el ímpetu de sus aguas van señalando el curso de la vida humana. Así, como dijo el ilustre don Justo Sierra, "El Nilo es el autor de Egipto"; el Sena, camino de luz indeficiente y sabiduría; el Rin legendario, expansión de la guerra; el azul Danubio, cauce amoroso de la poesía y el arte; el Mississippi, una vía de fuerza industrial; el Amazonas y el Papaloapan, portadores de la vida agrícola; el Volga, de revolucionaria inconformidad; el divino Jordán y el Ganges mortífero, del sentimiento religioso; y el Niágara, exponente máximo de las excelsitudes del Universo, e inspirador emocionante del poema de Heredia, que es himno inmortal de asombro cuando queremos descifrar los poderes del Cosmos.

Troconis Alcalá puede hablarnos con la voz de una época muy lejana, porque su vida va acercándose al completo de la novena década. Dispone, por tanto, de un haber de experiencia del que muy pocos hombres gozan. Es el único superviviente de todos los académicos de 1894. Ingresó en el seno de la sabia corporación en las postrimerías del siglo XIX, conocido por **Siglo de las Luces**; aquel siglo cuya claridad deslumbrante en la ciencia no se ha extinguido en crepúsculo definitivo. Los aedas entristecidos suelen declarar en sus cantos que el tramonto es la muerte del Sol; pero no siempre recuerdan que todo crepúsculo precede a una aurora, y que la aurora es renacimiento y continuación de vida. Por lo mismo, hablando ahora, en sentido figurado, las luces intelectuales de hace medio siglo alumbran el camino que los hombres actuales llevamos con rumbo a las nuevas conquistas del conocimiento.

Todas las generaciones están pendientes de cuanto han logrado las predecesoras y de aquello que puedan alcanzar las futuras; de modo que nuestro compromiso, la responsabilidad nuestra, son de doble carácter: conservadores de las energías pasadas, y preparadores de las actividades por venir. Nos sentiremos ver-

daderamente satisfechos al pensar en que ideas nuestras, quizás sin valer aparente, puedan ser base de futuras sugerencias y puntos de partida de alguna investigación. Y si, petulantes e ilusos, nos arrogásemos algún atributo de inventores o descubridores, sin apoyo en principios de la experiencia que se nos ha legado, caeríamos en yerros imperdonables. Díjolo Cicerón: "Si no se atendiera a la experiencia de lo pasado, el mundo se estancaría en la infancia del concimiento". De lo cual resulta, como es evidente, que todos aquellos que desdeñan u olvidan la enseñanza de los siglos, se cambian en niños perniciosos, arbitrarios y desordenados, merced a sus turbulentos y atrevidos jugueteos. ¡Lo peor de todo es que en ciertos movimientos llamados "sociales", las víctimas del ensayo caen a millonadas! Pero la **rectificación**, como elemento necesario del progreso, es fantasma del que muchos huyen. . .

Troconis Alcalá departió con insignes representantes del cuerpo médico de esos años. Citaré los nombres de quienes figuran en la nómina de 1894, que se ve firmada por el notable médico don José Olvera, ejemplo precioso de sanas costumbres y fraternales manos con los enfermos; procediendo sin temor de causar molestia a las personas que bondadosamente se sirven escucharme, por estar persuadido de que les haré evocar la memoria de los que ya no existen; a más de que habiendo algunos de nosotros que conocimos a muchos de esos varones estimables, la imagen de cada uno se presentará a nuestro alcance con plácida sonrisa de afectuosa gratitud. He aquí la lista a que me refiero: Fernando Altamirano, Manuel G. Aragón, José María Bandera, Antonio Careaga, Manuel Carmona y Valle, Agustín Chacón, Francisco de P. Chacón, Manuel Domínguez, Ricardo Fuertes, Eduardo R. García, Angel Gaviño, José P. Gayón, Manuel Gutiérrez Zavala, Francisco Hurtado, José Ma. Lugo Hidalgo, José Ma. Lasso de la Vega, Rafael Lavista, Eduardo Licéaga, Fernando López, Fernando Malanco, Demetrio Mejía, Tobías Núñez, Tomás Noriega, José Olvera, Lázaro Ortega, Domingo Orvañanos, Porfirio Parra, Antonio Peñafiel, Juan José Ramírez Arellano, Nicolás Ramírez Arellano, José Ramos, Agustín Reyes, Maximino Río de la Loza, Luis E. Ruiz, Nicolás San Juan, Jesús Sánchez, Federico Semeleder, Ma-

nuel S. Soriano, Secundino Sosa, Manuel Toussaint, Eduardo Vargas, Manuel Villada y Fernando Zárraga.

¡Con qué satisfacción, estímulo y complacencia he recorrido los libros de la **Gaceta Médica!** Recordar, se ha dicho, es vivir de nuevo; y que para no morir, es indispensable renovarse. Pasa, en resumen, el vivir nuestro en un cambio constante entre lo nuevo y lo pretérito, bajo fructuosa comparación de valores intelectuales y éticos. Y creer que la vida anterior de cada uno supera a la presente, equivale a entregarse plácidamente a un desbordamiento de añoranza: el de la ya perdida juventud. “Cómo a nuestro parecer—cualquiera tiempo pasado—fué mejor”, nos legó como punto de meditación Jorge Manrique desde el siglo XV. Y si tal aserto de poeta no es un yerro, creo que se deba a la razón de que al decirlo, se evocan los venturosos años juveniles; por lo que en este sentido, en verdad, nuestro pasado tiempo “fué mejor”. Juventud y vejez difieren substancialmente en lo íntimo espiritual, porque la primera es como ilusión y esperanza, o dicho en palabras nuestras: diagnóstico y pronóstico, aunque resulten inciertos o mal fundados muchas veces; mientras la otra, mirando principalmente hacia la terapéutica, vive siempre con disposición a remediar cuantos males acaecen, con esa droga polimorfa que llama su experiencia. **Temeritas est florentis aetatis, prudentia senectutis**, dijo también Cicerón. No obstante, si se confiara a derechas, por simple respeto y sin menuda reflexión, en ideas y costumbres caducas para ver de aplicarlas, cometeríamos errores: sencillamente, porque la terapéutica muchas veces falla; y así lo ha ya dicho el poeta: “. . . y tiene la vejez horas tan bellas —como tiene la tarde sus celajes—, como tiene la noche sus estrellas”, nada raro es que afanes conservadores y hasta egoísmo de fiera sabiduría induzcan a hombres provecos. Por eso los que habiendo alcanzado edad avanzada, caminan al frente del progreso, se les tiene a las veces cual videntes.

Hemos cumplido un deber esencialmente humano: el de mostrar afecto y respeto a un colega nuestro, homenajéandolo por sus altos merecimientos académicos. Amar a los viejos, se ha dicho, y acercarlos con cariño a nuestro corazón, es como si quisiéramos dulcificar la vida que ha logrado conservar, superando a sus con-

temporáneos. Y es lo conveniente y natural, pues “fueron una energía, una fortaleza”, y procedían como factores de progreso, o al menos abrigaron sentimientos dignos de recordación, gracias a los cuales definieron su personalidad.

Troconis Alcalá pensaba exactamente lo mismo que pienso por mi parte, como puede verse en las siguientes palabras con que termina su notable biografía de Montaña: “De cuánta placidez y dulzura” —dice— “se ha llenado mi alma al recrearse con todas las noticias apuntadas, memorando un pasado cuyo recuerdo alienta y agiganta, al figurarse aquellos felices cuadros de otros días, al ponderar la grandeza de otra época, cuando la patria gozaba de mayor ventura; porque lo que se ha recordado, hechos, acciones, obras y personajes que hicieron estas cosas, todos fueron enteramente nuestros”...

El mérito de Troconis Alcalá en lo espiritual ha sido, como se ve claramente en sus trabajos académicos, el de autor sobresaliente en el estilo, es decir, en la estructura gramatical y literaria de sus producciones. Minucioso y ameno, analizador en el juicio y en la crítica, erudito en sus notas bibliográficas, buen exégeta en varios de sus pasajes, y perceptiblemente poseedor de vocaciones sobre historia de la Medicina. Supo, como buen hablista, acercarse al maestro don Juan María Rodríguez. De aquí que, de veras, sea agradable leer sus trabajos, señalados por galanía supinamente eufónica.

Así nos hemos procurado un rato de venturosa calma en este recinto de cultura y devoción por el trabajo médico; esto es, recordando el pensamiento de un gentil escritor, hemos dirigido nuestra mirada hacia lo alto, porque en tranquila elevación del espíritu, en gozosa meditación, se puede concentrar el pensamiento y ceñirse en un propósito: estrechar lazos de amistoso compañerismo, o congregarnos con el ahinco en un solo ideal para defensa en la hora trágica del mundo.

En esta forma plausible, la Academia de Medicina viene cumpliendo el explicable deseo de satisfacer los imperativos de una obra social de entendimiento con lo exterior a ella, para ver de que se comprenda que su misión es de estudio y amor. Y por otro lado, con el objeto de perfeccionar la vida íntima, como ahora que

nes hemos reunido a celebrar el jubileo del viejo académico, nuestro decano y amigo.

Y concluyo este mal pergeñado discurso, deseando que el Dr. don Luis Troconis Alcalá goce de sana tranquilidad en el resto de su larga vida; a la vez que me agradaría saber que nuestra sesión en el obsequio de sus años y sus estudios, sea para confortamiento de su espíritu; y recordando palabras con las cuales termina él una reseña de trabajos académicos y que acostumbraban lanzar los antiguos universitarios, clamaré entusiasmado, puesto que la Academia de Medicina, no sólo guarda preciosas tradiciones, sino también se empeña por el más brillante porvenir:

**¡Vivat Academia, Floreat, Crescat!**

## Alocución del Dr. Luis Troconis Alcalá

Ante todo, os doy las gracias por este homenaje, que no merezco absolutamente, lo cual sea dicho sin modestia alguna.

Permitidme, Señores, que en la presente ocasión me concrete a manifestaros que si bien, muy compendiosamente, según tendré la honra de hacerlo; que si bien, mejor y claramente expresado, conservando la propia forma ya señalada en cuanto al compendio, cometa con ustedes la osadía de deciros cómo llegué a contarme entre los numerarios de la corporación y cómo hube de ver **deslizarse mansamente los días** de una vida académica más o menos activa hasta el instante de mi pase a titular.

Ingresé a la Academia en el mes de mayo de 1894, de acuerdo con la noticia del concurso correspondiente; habiéndome ayudado en la redacción de la tesis mi primera esposa, la Señora Doña Guadalupe Aragón; contando, además, con la corrección del trabajo por mi maestro, el Señor Profesor Don Juan María Rodríguez, cuya asistencia, unida con la de mi buen amigo, el Señor Dr. y Profesor Don Porfirio Parra, al debate respectivo, tuvo lugar en la debida oportunidad. Estuvo también vivamente interesado en el asunto mi otro buen amigo, el Señor Dr. y Profesor Don Manuel Toussaint, que asimismo concurrió al propio acto. Todos ellos han bajado ya a la tumba, **huéspedes son de la morada obscura**, así como también huéspedes son los Señores Licenciados Don Joaquín Baranda y Don Vidal de Castañeda y Nájera; el primero, Ministro de Justicia e Instrucción Pública, y el segundo, Director de la Escuela Nacional Preparatoria; personas a las cuales fué dedicada la referida tesis. Hay una sobretirada de la edición oficial con una especie de apéndice sobre la trascripción estenográfica de la discusión habida. En ella están las dedicatorias de mi Señora; de los Señores y Drs. y Profesores Rodríguez, Parra y Toussaint, y de los Señores Licenciados Baranda y Castañeda y Nájera.

Dicha tesis llevó el título siguiente: "Ginecología.—Nuevo contingente para el estudio de la Ameno-Dismenorrea Exfoliativa. (Dismenorrea membranosa de los Autores).—Algunas observa-

ciones y notas sobre la Anatomía e Histología patológicas de varios casos observados últimamente".— 1894.— Con grabados.

Fuí aceptado como socio de número, pasando después de la inesperada muerte del Señor Rodríguez a la Sección de Obstetricia, con anuencia de la Academia.

Por la defunción de Rodríguez y la de mi esposa, hube de retardar mi presentación. Cuando concurrí a la sesión, accidentalmente la presidió el Señor Dr. Don José María Bandera, que fué quien se sirvió hacer mi dicha presentación.

Ya sabéis cómo pasé a la sección de Obstetricia, en la cual he presentado 35 trabajos.

En 1894 fuí electo Bibliotecario, reelecto para el mismo encargo en el año académico de 94 a 95. En 96 á 97 fungí como miembro de la Comisión de Publicaciones y en 98 fuí electo secretario anual.

En la sesión del 5 de abril de 99 renunció como Secretario Perpetuo el Señor Don José Ramón Icaza, y desde esa fecha, mientras se nombraba nuevo Secretario Perpetuo, tuve bajo mi cargo las dos secretarías.

En la sesión solemne del 10. de octubre de 1899 fuí electo primer secretario de la Academia, de acuerdo con la reforma que se hizo al reglamento.

En 1903 fuí electo segundo secretario, y en 1904 nuevamente primer secretario.

Como primer secretario presenté las tres Reseñas de los trabajos de la Corporación, correspondientes a los años 1898 a 1899, 1899 a 1900 y de 1904 a 1905. En dichas Reseñas se enumeran los trabajos por mí presentados, y en la bibliografía del reglamento existen las reformas que tuve la honra de proponer.

En la sesión solemne extraordinaria del 8 de agosto de 1906, me tocó hacer el elogio de "Nuestros grandes Médicos.—Algunos Filántropos y los excelsos Maestros de la Escuela.—Los preclaros Fundadores y otros miembros ilustres de la Academia". Este trabajo fué publicado en edición especial por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

En la Gaceta Médica correspondiente al año de 1915, tercera serie, números 1 y 4 de los meses de enero a abril del mencionado

año, hay un dictamen de la Comisión que estudió la memoria del concurso que el Señor Dr. Don Nicolás León se sirvió presentar a la Academia, optando a la vacante de que habla la convocatoria del 30 de noviembre 1913, sobre la Historia de la Medicina. Formaron la Comisión los Señores Doctores M. S. Soriano, como Presidente; F. Hurtado como vocal, y el que habla como Relator.

El quincuagenario de la Academia, verificado el 30 de abril de 1914, fué el primero de esta especie. A las 7 de la noche celebró una sesión extraordinaria dicha Academia, en la cual leyó un discurso el que tiene la honra de dirigiros la palabra, nombrado orador para dicha fiesta. El asunto está tratado por el Señor Dr. Don Nicolás León en el "Cosmos Magazine" de junio de 1914.

Era muy distinta la marcha de la Corporación. Cuando ingresé a la Academia, tuve por compañeros a algunos de mis antiguos maestros y asistí con varios de ellos a las solemnidades que se verificaron entonces.

Fuí nombrado Historiógrafo de la mencionada Academia y colaborador de la Comisión encargada de la celebración del Centenario. A éste corresponde el elogio del Señor Dr. Don Pedro del Villar, primer catedrático de Obstetricia y Operaciones en el Establecimiento de Ciencias Médicas, que fué tejido por mí y está publicado en un libro especial, juntamente con los otros discursos que se dijeron entonces, y por medio de los cuales la Academia de Medicina contribuyó en diversas fechas a la celebración de dicho centenario.

Fuera de los botones y cruces que como miembro de la Academia poseo, cuento, además, con las antiguas insignias.

Por último, en el quincuagenario de mi recepción profesional, el señor Dr. Don Manuel Godoy Alvarez tuvo a bien hacer mi elogio, y tanto su escrito como la respuesta consiguiente deben constar en la Secretaría de la Academia.

La sesión de ese día estuvo presidida, al menos en su principio, por el agraciado.

Del Señor Dr. y Profesor Don Juan María Rodríguez hay un bosquejo biográfico juntamente con su retrato, un artículo necrológico sobre el Señor Dr. Don Secundino Sosa y otro sobre el Sr.

Dr. Don Ismael Prieto, tomado este último del "Boletín del Consejo Superior de Salubridad". Todos estos trabajos fueron hechos por mí y están publicados en la Gaceta Médica.

Por fin, en el mes de marzo de 1936, pasé de numerario a titular, como un derecho que le asiste y como compensación honorífica a sus largos años de servicio, según las propias palabras de la Comisión nombrada al efecto, cuando hube de solicitar este traspaso.

Queda dicho más arriba que era muy distinta la marcha de la Corporación en aquellos días, sobre todo comparándola con la que actualmente es seguida ahora por la Academia, que está totalmente renovada y considerablemente aumentada, de acuerdo con los progresos científicos realizados últimamente. Os felicito por ello muy calurosamente...

He aquí en substancia mis trabajos y vuelvo a repetir, lo que en un principio dije, que os doy las gracias por este homenaje, que no merezco absolutamente, hecha siempre esta declaración, sin modestia alguna.

No me cansaré de repetirlo, usando de la propia declaración Muchas gracias, Señores.